

LA HOJA VOLANDERA

RESPONSABLE SERGIO MONTES GARCÍA

Correo electrónico sergiomontesgarcia@yahoo.com.mx

NO. 209

LOS ESTUDIANTES Y LA CULTURA

Pierre Bourdieu y Jean-Claude Passeron

*Pierre-Félix Bourdieu nació en Denguin, Francia, el 1 de agosto de 1930; murió el 23 de enero de 2002. Es considerado uno de los sociólogos franceses más importantes del siglo XX. En coautoría con Jean-Claude Passeron (Niza, 1939) publicó su primera obra, **Los herederos** (1964), en la que realiza una severa crítica a la enseñanza francesa. El libro, dice Bourdieu, "...produjo un estallido en el cielo político...No nos contentábamos con decir que el sistema escolar elimina a los hijos de las clases desfavorecidas: tratamos de explicar las razones así como también tratamos de desentrañar la responsabilidad, la contribución que el sistema escolar, y por ello los enseñantes, aportaban a la reproducción de las divisiones sociales". Aquí ofrecemos a nuestros lectores un fragmento de la "Conclusión" de esta obra.*

La ceguera frente a las desigualdades sociales condena y autoriza a explicar todas las desigualdades —particularmente en materia de éxito educativo— como desigualdades naturales, desigualdades de talento.¹ Similar actitud se halla en la lógica de un sis-

¹ No está en nuestras intenciones, al subrayar la *función ideológica* que cumple en ciertas condiciones el recurrir a la idea de desigualdad de talentos, discutir la desigualdad natural de las aptitudes humanas, quedando entendido que no se ve razón para que los azares de la genética no distribuyan igualmente esos dones desiguales entre las diferentes clases sociales. Pero esta evidencia es abstracta y la investigación sociológica debe sospechar y revelar metódicamente la desigualdad cultural condicionada socialmente bajo las desigualdades naturales aparentes pues no debe apelar a la "naturaleza" más que a falta de otra

tema que, basándose en el postulado de la igualdad formal de todos los alumnos como condición de su funcionamiento, no puede reconocer otras desigualdades que aquellas que se deben a los talentos individuales. Se trate de la enseñanza propiamente dicha o de la selección, el profesor no conoce más que alumnos iguales en derechos y deberes; si, en el curso del año lectivo, le sucede adaptar su enseñanza a algunos, es a los "menos dotados" a quienes se dirige y nunca a aquellos a los que su origen social convierte en más desfavorecidos. Del mismo modo, si, el día del examen, toma en cuenta la situación social de tal candidato, no es porque lo perciba como miembro de una clase social desfavorecida sino que, por el contrario, le otorga el interés excepcional que merece un caso social. El exorcismo verbal permite conjurar la idea de un vínculo entre la cultura de los estudiantes y su origen social cuando éste se impone bajo la forma de grandes déficits. Decir con tono de lamentación resignada que los "estudiantes ya no leen" o que "el nivel baja de año a año" es en efecto evitar preguntarse por qué es así y sacar de allí alguna consecuencia pedagógica.

Hay acuerdo en que este sistema encuentra su culminación en el concurso, que asegura a la perfección la igualdad formal de los candidatos pero que excluye a través del anonimato la posibilidad de tomar en consideración las desigualdades reales ante la cultura. Los defensores de la agregación pueden argumentar legítimamente que, por oposición a un sistema de selección fundado en la calidad estatutaria y el nacimiento, el concurso brinda a

causa. Por lo tanto, jamás habrá posibilidades de estar seguro sobre el carácter natural de las desigualdades que se constatan entre los hombres en una situación social dada y, en la materia, hasta que no se hayan explorado todos los caminos a través de los que actúan los factores sociales de desigualdad y que no se hayan agotado todos los medios pedagógicos para superar su eficacia. Es mejor dudar demasiado que demasiado poco.



Septiembre 25 de 2005

Academia de Humanidades FES-Acatlán

todos iguales posibilidades. Es olvidar que la igualdad formal que asegura el concurso no hace más que transformar el privilegio en mérito pues permite que se siga ejerciendo la acción del origen social, pero a través de caminos más secretos.

¿Pero acaso podría ser de otra manera? Entre otras funciones, el sistema educativo debe producir sujetos seleccionados y jerarquizados de una vez para siempre y para toda la vida. Dentro de esta lógica, querer tomar en cuenta los privilegios o las desventajas sociales y querer jerarquizar a los sujetos según su mérito real, es decir según cuáles hayan sido los obstáculos superados, sería condenarse, si se lleva al final esta lógica, es decir hasta el absurdo, a la competencia por categorías (como en el boxeo) o, como para la evaluación de los méritos en la ética kantiana, a la evaluación de diferencias algebraicas entre el punto de partida, es decir las aptitudes socialmente condicionadas, y el resultado, es decir la medición del éxito educativo. En resumen, a la clasificación por desventaja. Del mismo modo que Kant atribuye méritos desiguales a dos acciones equivalentes en sí mismas según que sean resultado de los “temperamentos” más o menos inclinados a esas acciones, aquí habría que examinar, sustituyendo la inclinación natural por la consideración de la aptitud socialmente condicionada, no el grado de éxito puntualmente alcanzado sino su relación con el punto de partida, situado más o menos arriba. No el punto sino el trazo de la curva. En esta lógica, la estimación de la desventaja de los sujetos provenientes de las clases desfavorecidas y la evolución de los grados de mérito proporcionales a la importancia de la desventaja superada conducirían –en la medida en que sea posible– a considerar como iguales a los autores de logros idénticos, relativizando la jerarquía. Esta hipótesis no es del todo utópica. La política educativa de las democracias populares ha logrado favorecer sistemáticamente la entrada en la enseñanza superior y el éxito en los exámenes de los hijos de los obreros y campesinos. Pero el esfuerzo de igualación sigue siendo formal en tanto que las desigualdades no han sido efectivamente abolidas por una acción pedagógica: así en Polonia, tras haber aumentado hasta 1957, los índices de estudiantes provenientes de medios rurales y obreros han comenzado a disminuir a partir de que se ha relajado la presión administrativa.

Aunque la consideración de las desventajas sociales no es menos ajena a aquellos que tienen como tarea la de seleccionar sólo a aquellos que son seleccionados, puede ocurrir que, para producir sujetos seleccionados y seleccionables, la universidad deba obtener, por lo tanto producir, la adhesión indiscutida a un principio de selección que quedaría relativizado por la introducción de principios que compitan con él. Esta adhesión exige de quienes entran en el juego que admitan las reglas de una competencia en la cual sólo podrían intervenir criterios educativos. Y es lo que parece imponerse, muy particularmente en Francia, pues la aspiración a situarse lo más alto posible en la jerarquía universitaria, considerada como absoluta, la que suscita los esfuerzos académicos más sostenidos y más eficaces. La adhesión a los valores implicados en la jerarquía académica de las performances es tan fuerte que se puede ver a los sujetos, independientemente de sus aspiraciones o aptitudes, dejarse llevar hacia las carreras o las pruebas más altamente valorizadas por la Educación; he aquí uno de los factores de la atracción, muchas veces inexplicable por otra parte, que ejercen la agregación y las grandes escuelas y, más generalmente, los estudios abstractos a los cuales se adjudica un gran prestigio. Es tal vez el mismo principio el que inclina a los universitarios, y más generalmente a los intelectuales franceses, a acordar el más alto valor a las obras cuya ambición teórica es más evidente. Así se encuentra excluida (al menos a los ojos de los universitarios) la idea de una jerarquía paralela que relativizará la jerarquía de los éxitos académicos, permitiendo a aquellos que están por debajo encontrarse excusas o desvalorizar el éxito de los demás.

En resumen, aunque contradiga a la justicia real sometiendo a las mismas pruebas y a los mismos criterios a sujetos fundamentalmente desiguales, el procedimiento de selección que no toma en cuenta más que las performances medidas con el criterio académico, todas cosas iguales además, es el único que conviene a un sistema cuya función es producir sujetos selectos y comparables. Pero nada en la lógica del sistema se opone a que se introduzca la consideración de las desigualdades reales en la enseñanza propiamente dicha.

Fuente: Pierre Bourdieu y Jean-Claude Passeron. *Los herederos. Los estudiantes y la cultura*. Trad. de Marcos Mayer. Argentina, Siglo veintiuno editores Argentina, 2003. pp. 103-106.

Profesor:

Consulta la página de la *Hoja Volandera*:

<http://www.geocities.com/sergiomontesgarcia>